

Entrevistas

EL CONFLICTO EN KOSOVO

Entrevista a Jean Meyer

Marcela Turati

¿Por qué Kosovo?

Somos ciudadanos del mundo y todo lo que pasa en el mundo nos concierne. Si los intelectuales no se interesan por lo que pasa en el mundo ¿de qué sirven? Hoy es Kosovo. Los albaneses merecen tanta atención como los tibetanos o ayer los infelices habitantes de Ruanda o Burundi, o los olvidados habitantes de Timor —isla del Pacífico a la periferia del archipiélago de Indonesia—. Yo no creo que haya naciones importantes y naciones sin importancia. Lo que pasa en cualquier parte del mundo debería importarnos. Hoy la actualidad nos obliga a hablar de los habitantes de Kosovo y de los albaneses.

Los albaneses han sido un pueblo olvidado, podríamos decir que son la cenicienta de Los Balcanes, esa península que se encuentra en la parte oriente del Mediterráneo. Al oriente de la península italiana están Los Balcanes, con la antigua Yugoslavia (los seis Estados que nacieron entre sus escombros) Bulgaria, Grecia, la parte europea de Turquía y Albania.

¿Los antecedentes de esa guerra?

Hay que remontar, cuando se empieza a derrumbar el Imperio Turco, a las guerras balcánicas (1912-1913), que son el antecedente inmediato a la primera guerra mundial.

Esas guerras son primero una guerra entre Turquía y los Estados cristianos ya independientes, antiguamente colonizados por los turcos (Serbia, Grecia, Bulgaria). En la primera guerra balcánica esas naciones cristianas aliadas derrotan al turco y nace un Estado de Albania. Pero en Albania no

están todos los albaneses. Quedan fuera los albaneses del Kosovo cuyo levantamiento contra el turco en 1910-1911 había provocado la guerra.

Enseguida viene la segunda guerra balcánica que es un desastre porque es una guerra entre las naciones cristianas vencedoras que pelean el botín y preparan así la primera guerra mundial.

Uno de los resultados es que hoy en día, de los seis millones de albaneses, sólo la mitad vive en Albania y otro tanto vive en los Estados vecinos. En algunos casos no es una tragedia, como la pequeña República de Montenegro que hasta la fecha está confederada con Serbia.

Ahí la minoría albanesa ha sido siempre bien tratada. En la recién independiente Macedonia, la minoría albanesa es bastante importante, es más de la cuarta parte de una población de 2 200 000. Albaneses y serbios han sido capaces de formar un gobierno de coalición en Macedonia.

Finalmente 1 800 000 albaneses viven en Kosovo, bajo la administración serbia. Ahí empieza el problema porque bajo esa administración desde 1913 los kosovares han sufrido mucho, con una sola excepción, el paréntesis de la Yugoslavia dirigida por el Mariscal Tito (1945-1980).

Tito entendió perfectamente la gravedad del problema nacional adentro de la Yugoslavia que juntaba serbios —la nación mayoritaria—, pero también croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos, húngaros y albaneses.

Tito buscó la solución en varias repúblicas autónomas unidas en una federación. En una última etapa (1968-1974), perfeccionó su sistema. Había seis repúblicas, la más grande era Serbia y adentro de Serbia había dos minorías muy importantes: al norte la húngara, en Voivodina, al sur la albanesa, en Kosovo.

Tito les dio a los húngaros y a los albaneses el estatuto, no de república, pero sí de provincia autónoma, con su gobierno, su parlamento, su policía y su sistema educativo. Lo más importante es que se respetaban la lengua y la cultura, tanto de los húngaros, como de los albaneses.

El problema empieza después de la muerte de Tito y se agrava cuando hace exactamente diez años el nuevo presidente de Serbia, Slobodan Milosevic, canceló de un plumazo, con un acto ilegal, antijurídico, anticonstitucional la autonomía de las dos provincias.

Durante nueve años, con una paciencia y determinación admirables, los kosovares lucharon de manera pacífica, de manera cívica, bajo la dirección

de un líder no violento, Ibrahim Rugova. De hecho, fueron sometidos por Milosevic a un verdadero apartheid. Por desgracia, el mundo entero se olvidó durante esos diez años de los kosovares. En 1991, empieza el derrumbe de Yugoslavia. Serbia hace una pequeña guerra a Eslovenia, hacia el norte. Enseguida una gran, larga y durísima guerra contra Croacia. Y luego en 92 (siempre en la primavera, hay un calendario militar que obedece a ese tiempo; cuando desaparece la nieve, el ejército serbio ataca) Serbia ataca a Bosnia, con la complicidad de Croacia.

El mundo, la ONU, Europa, Estados Unidos se inquietan, se indignan, condenan, pero no hacen nada, hasta que finalmente en otoño de 1995, el presidente Clinton, secundado por el presidente francés Chirac, deciden que la OTAN va a bombardear a los serbios de Bosnia.

Es muy importante porque ese bombardeo duró tres días apenas y fue casi insignificante. En ese momento los serbios de Bosnia se rindieron y vino la famosa tregua de los Acuerdos de Dayton, la base militar norteamericana en donde se encerraron los presidentes de las diversas repúblicas de la ex Yugoslavia hasta firmar.

De manera increíble, en Dayton jamás se tocó la cuestión de Kosovo. Lo que hasta la fecha no me explico. En aquel entonces describí en mis artículos, desde antes la gravedad de la situación, el peligro de que tarde o temprano los kosovares se cansaran y dijeran a su líder Rugova: "Usted como el Cristo del Evangelio, predica que si le dan una bofetada en la mejilla, hay que presentar la otra. Nosotros ¿hasta cuándo vamos a esperar? Esa táctica pacífica no sirve para nada, el mundo nos olvida, no nos interesa a nosotros. Usted nos pidió esperar que terminara la guerra en Bosnia. Se acabó y ¿qué?"

Todavía aguantaron todo el año 96 y todo el año 97 los kosovares. Pero en la primavera de 1998 cuando empezó la guerrilla, elementos radicales, jóvenes desesperados por esa larguísima espera (para el kosovar no había ninguna perspectiva en Kosovo; 300 000 jóvenes sin empleo, sin oportunidad de estudiar, se habían ido al extranjero), exiliados, engrosaron las filas del UCK (Ejército de Liberación de Kosovo).

Después de la cancelación de autonomía ¿qué pasó?

Es lo que provocó la explosión de Yugoslavia, porque las otras repúblicas dijeron: si es capaz de cancelar la autonomía de las provincias, mañana

cancelará la autonomía de las repúblicas. Eso fue lo que incitó a los eslovenos primero y a los croatas después a hacer secesión —en 91—, lo que provocó la ofensiva serbia. En 1988-1989, Milosevic mandó a la policía y al ejército disolver el gobierno de la provincia autónoma, su congreso, cerrar las universidades y las escuelas. Los kosovares tuvieron que armar, sin dinero y sin ayuda de nadie, todo un sistema paralelo de educación sin edificios, sin sueldo para los maestros. Eran maestros voluntarios, las clases se daban en la calle, en los despachos, en las casas particulares. Llegaron a formar un sistema desde la primaria hasta la universidad, pero con diplomas no reconocidos dentro de Serbia y se les impuso un gobierno serbio. Se disolvió la policía kosovar y entró la serbia, se desató la represión, con arrestos, muertos, estoy hablando de diez muertos por aquí, diez muertos por allá, no tiene nada que ver con lo que vino después, con lo que está pasando ahora.

¿Cuántos son los kosovares?

En Kosovo, el último censo es de 1991. Entre 2 000 000 de habitantes, había 1 800 000 albaneces; es decir, 90 por ciento de la población con un 10 por ciento serbio.

A la fecha del 7 de abril, 912 000 kosovares habían salido. De los cuales, 510 000 desde el 24 de marzo de este año. El éxodo empezó el verano pasado porque la contestación serbia a la guerrilla fue terrible, pues entró el ejército a practicar la táctica de la tierra quemada, incendiando a los pueblos y obligando a la gente a salir.

De tal manera que en el año pasado ya habían salido de Kosovo unos 300 000 refugiados.

Entre enero y marzo de este año, salieron otros 100 000. Es mucho, es masivo, pero medio millón salió desde el 24 de marzo de 1999.

En la televisión se ven estas muchedumbres impresionantes, interminables, en esas hileras de kilómetros de peatones, caminando entre los rieles del ferrocarril porque tienen miedo que las carreteras estén minadas.

¿Por qué esa “limpieza étnica”?

En el verano pasado (1998) hubo una verdadera guerra entre el ejército serbio y la guerrilla. La crisis fue tal que en octubre, la OTAN amenazó con intervenir, bombardear y en ese momento Milosevic aceptó una tregua

y prometió retirar gran parte de sus efectivos. Lo hizo por dos razones: 1) Ganar tiempo porque ya iba a empezar el invierno (el calendario de las guerras de la ex Yugoslavia, desde 1991 está regido por invierno. Cada primavera empieza una ofensiva y en otoño se congela físicamente el país. El invierno es muy rudo con medio metro y un metro de nieve). 2) Preparar la Operación Herradura.

¿Qué es la Operación Herradura?

Utilizando la experiencia de 1912-1913, cuando las tropas serbias empezaron a barrer la población albanesa de Kosovo, Vaso Shubriloovich —había sido miembro del grupo terrorista que asesinó al archiduque austriaco, aquel 28 de junio de 1914, día del aniversario de la batalla de Kosovo Polie (1389)— elaboró en 1937, para su gobierno, con el título honesto de “La expulsión de los albaneses” (del Kosovo), lo que en 1998 el ejército serbio bautizó “Operación Herradura”.

En 1913, un soldado serbio escribía: “Querido amigo, ahí ocurren cosas espantosas. Estoy espantado [...] no me atrevo a contarte más, pero puedo decirte que Izhuma ya no existe. No queda sino cadáveres y cenizas”. El corresponsal de guerra Lev Bronstein, quien sería pronto famoso con el nombre de Trotski, publicó artículos terribles en el diario ucraniano *Kievskaja Mysl*. Reportó que las peores atrocidades no eran el hecho del ejército regular, sino de los “chetniks” (—miembros de una banda— bandidos), o sea los paramilitares serbios y búlgaros: “Entre aquellos había intelectuales, hombres de ideas, nacionalistas furibundos; la mayoría eran ladrones, malvados que se enlistaron para robar”. Trotski concluía que los “serbios de la Vieja Serbia, en su deseo de corregir unas estadísticas etnográficas que no les son favorables, han emprendido sencillamente el exterminio sistemático de la población musulmana”. El informe de una comisión internacional concluyó a su vez que las atrocidades eran premeditadas y que se trataba de “limpiar el país” (1914, publicado por la Fundación Carnegie).

Entre 1914 y 1941, el gobierno serbio multiplicó los esfuerzos para expulsar a los albaneses y para implantar colonos serbios, de modo que los albaneses que eran 80 por ciento en 1914, no eran más de 62 por ciento en 1928 (cifras serbias). En 1937, Shubriloovich escribía: “Si se confirma que el desplazamiento gradual de los albaneses por la colonización progresiva es insuficiente, nos

queda un solo camino: la emigración masiva”. Subrayaba: “Ahora que Alemania puede tranquilamente expulsar decenas de miles de judíos [...], el lanzamiento de unos pocos cientos de miles de albaneses no llevará a una guerra mundial”. Después de enumerar todas las técnicas que habrá que emplear, termina: “Queda además un método que Serbia ha empleado muy exitosamente después de 1878: incendiar pueblos y barrios albaneses”.

Entre 1945 y 1980, bajo la férula de Tito, cualquier nacionalismo étnico quedó vetado y el lema de Yugoslavia fue “Hermandad y Unión”. Para bien de todos, incluso de los kosovares que terminaron gozando de un estatus de autonomía real.

En 1987, Milosevic fue el primero en romper el tabú titista al invocar el nacionalismo gran serbio, a propósito del Kosovo. En 1989, canceló la autonomía kosovar y convocó a los serbios a celebrar el sexto centenario de la batalla de Kosovo. Aquel 28 de junio de 1989 empezó realmente la tercera guerra balcánica del siglo xx. ¡Ojalá y haya terminado para el 28 de junio de 1999!

Al otoño de 1998, a la hora de la negociación de una tregua en Kosovo, un general serbio habló a sus colegas europeos de la existencia del plan “Operación Herradura”. Su nombre se entiende al ver el mapa:

Tres arcos, en forma de herradura, el primero pegado a la frontera albanesa, el último cercano a la frontera serbia, señalan cómo, en tres etapas (enero, febrero, marzo de 1999), las fuerzas serbias iban a concentrar para luego empujarla hacia la frontera meridional, la población albanesa de Kosovo. El Estado Mayor serbio preparó la operación, ordenada por Milosevic, durante el verano de 1998, a la luz de las experiencias de las guerras de Croacia y Bosnia (1991-1995) y de la presente campaña contra la UCK (ELK, Ejército de Liberación de Kosovo). Los puntos planificados eran: concentración de una población rodeada e intimidada por incendio, bombardeo, ejecuciones espectaculares; decapitación de la comunidad (ejecución de líderes, escritores, profesores...) separación: hombres de 15 a 60 años por un lado, mujeres, niños, ancianos por el otro; deportación: transporte rápido y expulsión del segundo contingente hacia otro país; liquidación de una parte de los hombres “en edad militar”. La referencia exitosa del plan era la campaña de limpieza étnica en Bosnia: 70 por ciento del territorio en seis semanas de la primavera de 1992. Y también la operación Serebrenitsa, cuando el general Ratko Mladic y sus hombres expulsaron en menos de una

semana 25 000 mujeres, niños y ancianos, y “desaparecieron” 7 000 hombres “en edad militar”.

La racionalidad de esas operaciones es impresionante. No se trata de un genocidio secreto, se trata de manifestar una violencia, una atrocidad publicitada, demostrativa, para provocar la huida masiva, inmediata de la mayoría de la población. Luego, se dan todas las facilidades a la estampida: se lleva a la población en trenes y autobuses militarmente escoltados, y con prioridad en los horarios, para “vaciar a Kosovo en 10 días”, como presumió un general serbio.

La Operación Herradura fue bien preparada y con anticipación. Que haya sorprendido a los negociadores occidentales en Rambouillet, en marzo de 1999, es algo impactante. Yo leí información sobre el asunto cincuenta días antes del día 24 de marzo de 1999, cuando la OTAN tomó, por fin, de manera precipitada la decisión de bombardear: entendió de repente que la Operación estaba en marcha. En diciembre de 1998, el presidente de Macedonia se lo había dicho al francés Robert Badinter y era un secreto a voces tanto entre los servicios de información, como entre los estados mayores. ¡Ay Casandra, Casandra!

En este caso, Casandra fue un hombre, el general serbio Momcilo Perisic, bendito sea él. El 25 de octubre de 1998 tuvo el valor de informar de manera detallada a los dos generales supremos de la OTAN, Wesley Clark y Klaus Naumann. No fue la primera ni la última vez que la OTAN recibió informaciones veraces sobre las intenciones de Milosevic. No hay peor sordo que el que no quiere oír. En diciembre, enero y febrero de 1999, en violación abierta de la tregua, Milosevic, noche tras noche, metió 50 000 hombres en Kosovo, perfectamente contabilizados por los observadores y la prensa internacional. Entre ellos los tristemente célebres paramilitares, criminales de guerra en Croacia y Bosnia, los hombres de Arkan o de Sheshelezh. Todo estaba listo para una deportación de dimensiones industriales sin precedente en Europa desde finales de la guerra mundial. La Operación Herradura empezó antes de que la primera bomba de la OTAN cayera. En enero de 1999, 45 000 kosovares fueron empujados al exilio (cifra del Alto Comisariado para los Refugiados, Ginebra, 2 de febrero).

Saldo: en Kosovo vivían, más o menos, 2 000 000 de personas en 1987, de los cuales 1 800 000 eran kosovares (albaneses). En 1998 y hasta el 15 de

marzo de 1998, con el pretexto de la guerrilla del UCK, las fuerzas serbias habían ya llevado al exilio más de 400 000 personas. Al 24 de mayo de 1999, en dos meses, lograron sacar de Kosovo a 778 700 más y desplazar, dentro de la provincia, más de 500 000 personas. No hay estimación confiable en cuanto a las víctimas “liquidadas”. Logísticamente la operación fue impecable, todo un éxito.

¿Kosovo es albanés?

En Kosovo los albaneses son mayoritarios, desde hace siglos. El problema de los Balcanes (en el siglo pasado se le llamaba “la cuestión de Oriente” porque era el mismo rompecabezas que hoy) es que desde la prehistoria han sido un eje de circulación, una ruta milenaria. Para los lingüistas, los Balcanes son un paraíso, una veta grande, porque coexisten en el mismo espacio idiomas y lenguas que no tienen nada en común. Es como un museo, una colección extravagante de todos los idiomas habidos y por haber, de todos los idiomas indoeuropeos, pero también idiomas muy raros que prácticamente no tienen equivalente, casi imposible de ligar con otra familia lingüística.

Estoy hablando de idiomas porque, supuestamente, en cuestión de idiomas no hay guerra, pero se trata de pueblos, de naciones. A la gente le cuesta trabajo aceptar la diferencia del otro, a la gente le gusta que sea todo mundo igual, que hablen todos el mismo idioma, que tengan la misma religión.

El problema de los albaneses no es un problema de raza. Los pobres refugiados son rubios, güeros, de ojos azules. No se distinguen de los serbios físicamente para nada. Culturalmente, sí. Hablan albanés que es un idioma totalmente diferente, no es un idioma eslavo y tampoco es comparable al griego... ser albanés es tener una cultura, una lengua. ¿La religión? Los albaneses de Kosovo, en 80 por ciento son musulmanes. En Albania también la mayoría es musulmana, pero hay una importante, nada despreciable, minoría cristiana, 20 por ciento de ortodoxos y 10 por ciento de católicos. ¡La Madre Teresa era albanesa! ¿Será que por el hecho de ser musulmanes los hemos olvidado?

En el de Kosovo es un caso teóricamente sencillo. En ese pequeño territorio (dos veces el estado de Aguascalientes), 90 por ciento de la población es kosovar. Es un caso de homogeneidad poco frecuente en la zona.

¿Cree usted que Kosovo deba ser independiente?

El presidente Milosevic les ha hecho la vida tan imposible, al destruir primero su autonomía, segundo el sistema federal yugoslavo, que los kosovares no pueden imaginar otra salida.

Ahí entramos en las contradicciones de la sociedad internacional y de las naciones porque afirmamos desde hace mucho el derecho a la autodeterminación de los pueblos. El pueblo kosovar es un pueblo. Obviamente, no es serbio. Si la República serbia se ha vuelto centralista, nacionalista hasta la intolerancia, si no quiere saber nada de los que no son serbios, los kosovares tienen derecho a su independencia.

La sociedad internacional nunca lo aceptó. En marzo, en las últimas negociaciones de Rambouillet, la OTAN insistía en que Kosovo era parte de Serbia y lo único que pedía es que se devolviera la autonomía a los kosovares.

Para esa fecha, los kosovares, pacíficos o insurgentes, decían que querían la independencia. Ahora con lo que está pasando, con la Operación Herradura, con la guerra, no hay más que dos opciones:

- Europa, Estados Unidos y la Organización de las Naciones Unidas, que por boca de su secretario Kofi Annan ha condenado en términos durísimos la conducta de Milosevic, se inclinan y reconocen el hecho y le dejan la victoria a Milosevic y no va a quedar prácticamente ni un albanés en Kosovo y Kosovo se va a quedar en territorio serbio, prácticamente deshabitado pero serbio.
- O la sociedad internacional tiene que derrotar a Milosevic pero, obviamente, para que regresen los kosovares va a ser necesario que Kosovo sea independiente. Una fórmula de transición puede ser un territorio bajo mandato de las Naciones Unidas; es decir, un protectorado con una fuerza internacional sería que va a permitir que regresen los refugiados —no a sus casas porque se las quemaron— pero a su terruño. Eso implica que ya no estén bajo la administración serbia.

Si no es la independencia es casi la independencia. Así que: o Milosevic gana y los kosovares no volverán a Kosovo, o la sociedad internacional va hasta el fondo, y eso significa tarde o temprano la independencia de Kosovo.

¿Pero no es un problema?

El problema es mundial. Hay una carta de las Naciones Unidas que sigue afirmando la soberanía absoluta de los Estados y en el sistema internacional rige el principio de la intangibilidad de las fronteras. No se pueden cambiar las fronteras entre los países si no hay un acuerdo totalmente negociado, pacífico y diplomático.

En el momento de la independencia de las naciones colonizadas, todos los movimientos, sean los pacíficos, sean los guerrilleros, proclamaron que no se iban a tocar las fronteras. Con todo y los problemas, era mejor que abrir una caja de Pandora.

Por eso, la gran resistencia de la sociedad internacional, cada vez que se presenta un conflicto de ese tipo.

Sin embargo, en la sociedad internacional y dentro de cada país hay una cantidad de mecanismos que permiten resolver el conflicto de manera no violenta. Cuando sólo el Estado puede usar la fuerza, hay tribunales, hay recursos administrativos. En la sociedad internacional hay alternativas diplomáticas, de negociación y la guerra viene sólo al final.

Por desgracia, todos los esfuerzos de la Liga de las Naciones, entre las dos guerras mundiales, y de la ONU, fantasma lleno de buenas intenciones pero totalmente impotente, no han logrado crear un gobierno mundial de modo que sigue rigiendo entre los Estados la ley de la jungla. El problema más grave no es la guerra clásica, entre Estados y ejércitos, sino la guerra civil, de un Estado contra una población civil. Es el caso de Kosovo.

La mayoría de las guerras en el mundo de hoy son del segundo tipo. Alguien debería parar la mano del carnicero, pero el único precepto reconocido internacionalmente ha sido el de la soberanía de los Estados. Hasta aquel 24 de marzo de 1999, cuando Inglaterra falló que era legítimo enjuiciar a Pinochet, cuando la OTAN decidió el bombardeo.

Uno entiende perfectamente por qué y es también para evitar que funcione la ley de la jungla. Normalmente, ningún Estado puede intervenir en los asuntos internos de otro Estado. Esa posición de política internacional, que es la de México (México la llamó la doctrina Estrada, aunque fuese muy anterior), se debe a una razón muy sencilla: evitar que los Estados poderosos y grandes se coman a los chiquitos, con el pretexto de arreglar sus problemas o poner fin a una guerra civil.

¿Qué opina de los bombardeos?

Cuando la OTAN tomó violentamente la decisión de bombardear ya tenía información de que la Operación Herradura estaba en marcha y cuando cayeron las primeras bombas de la OTAN ya había empezado la deportación de las poblaciones.

Milosevic manifestó una vez más que es un excelente táctico, y malo estratega porque a largo plazo, hasta ahora, siempre ha perdido. Ha perdido Yugoslavia, ha destruido Yugoslavia, ha perdido Eslovenia, ha perdido Croacia, ha perdido Bosnia y la minoría serbia de Croacia y finalmente tuvo que salir de sus países donde vivían desde hace siglos. No es una victoria que digamos, no es un resultado muy brillante. Pero tácticamente siempre ha sido un gran maestro, aprovechó el bombardeo que levantó una cortina de humo y de tierra que no tuvo necesidad él de levantar para realizar la Operación Herradura.

A los bombardeos ni respondió, para asombro y consternación de la OTAN. Ni la aviación ni los misiles, nada. Se dejó bombardear como si nada, pero desde el primer minuto, a la primera bomba, masivamente entraron en acción, el ejército y la policía serbia. Contra la población civil.

El bombardeo le permitió decir: esa gente no huye de nosotros sino de los bombardeos de la OTAN; efectivamente, la OTAN comenzó, antes que bombardear a Serbia y a Belgrado, a bombardear Kosovo. Su capital, Pristina. Tardó en pasar a Serbia y a Belgrado.

¿No es una catástrofe para Milosevic?

No; es la oportunidad histórica para liquidar la cuestión de Kosovo. Hubo generales que dijeron: "Si nos dan 10 días, en 10 días podemos limpiar Kosovo". Bueno, quizá no 10, pero del 24 de marzo al 7 de abril, en 14 días ya cumplieron la mitad del objetivo. En 14 días Kosovo perdió la mitad de sus habitantes.

A ese ritmo, en otros 14 días no quedará un solo kosovar en Kosovo.

¿No tiene la culpa la OTAN?

De cierta manera sí, la OTAN cayó en la trampa de Milosevic. Pero me pongo en guardia contra ese razonamiento. Uno debe acordarse de que la Operación Herradura estaba en marcha desde antes. Unos historiadores, a propósito del genocidio nazi, el exterminio de los judíos en los campos de

concentración, han desarrollado una interesante y extraña teoría que yo no puedo aceptar. Es muy interesante porque es la misma que desarrollan los partidarios de Milosevic, los hay, incluso en México.

La tesis es la siguiente: Hitler exterminó a los judíos porque hubo la Segunda Guerra Mundial; sin la guerra, Hitler jamás hubiera exterminado a los judíos. Ergo, las culpables son las democracias. Si en septiembre de 1939 Francia e Inglaterra dejan a Hitler y Stalin repartirse Polonia tranquilamente, no hay guerra mundial y Hitler no se encuentra ni en la necesidad ni en la posibilidad de exterminar a los judíos. Es como decir “bombardeando a Milosevic, la OTAN causó la catástrofe humanitaria que están viviendo los albaneses de Kosovo”.

Si se acepta esa idea de que las democracias occidentales fueron responsables de la Shoah porque atacaron a Hitler, entonces acepto que hoy en día son responsables de la catástrofe humanitaria porque tuvieron la culpa, atacaron a Milosevic.

¿Y ahora qué va a pasar?

La sociedad internacional no puede asumir el costo de una victoria de Milosevic.

De tal manera que va a tener que, no solamente prolongar los bombardeos sino intervenir en tierra, si eso no basta.

Me temo que a Milosevic no basta hacerle una guerra de tipo Nintendo, donde casi no se mata gente y donde no te matan a ningún soldado; puede que sea necesaria una guerra terrestre con intervención de la infantería. Se ve claramente que mientras más larga sea la guerra Nintendo, más total será la limpieza étnica.

¿No hay peligro de una tercera guerra mundial?

No, es un conflicto localizado pero muy serio porque se trata de la credibilidad de la sociedad internacional y de la misma OTAN. Insisto, ningún país tiene interés económico en este asunto. Ni Serbia, ni Milosevic. Ningún país tiene amenazado sus intereses nacionales de manera vital. Ningún país europeo, ni mucho menos Estados Unidos. No es la guerra de Kuwait.

El hecho de que la comunidad internacional no intervenga en otras partes (Timor, Tíbet, Cachemira) es triste, pero no es una razón para no intervenir en Kosovo. Es ciertamente una intervención de tipo humanitaria.

Ahora bien, Milosevic pudo haber pensado que sus amigos comunistas en Rusia iban a obligar a Yeltsin a entrar en la guerra. El problema de la comunidad internacional de los Estados democráticos de Europa, es que han intervenido demasiado tarde y demasiado poco. Si en ese triste mes de junio de 1991, frente a la ciudad de Dubrovnik —una joya histórica arquitectónica en Europa— bombardeada a mansalva por el ejército serbio, si en ese momento Francia o Inglaterra hundiera un solo barco serbio, posiblemente todavía existiría la federación Yugoslava. Pero las democracias son cobardes, no es una crítica, es una virtud de las democracias. No son belicosas, no les gusta la guerra, van arrastradas, a la fuerza, como en 1939, frente a Hitler. Cuando se decidieron por fin, Hitler gritó que lo habían engañado. Después de tanta pasividad, tanta paciencia, Milosevic no creía que lo iban a bombardear, también podría decir “me engañaron”. El problema es que cuando empiezan a bombardear el 24 de marzo, no sólo tienen diez años de retraso, o cuatro porque todavía en Dayton, en noviembre del 95, sí ponen en la agenda a Kosovo, quizá se arregla ahí, no sólo es demasiado tarde sino es demasiado poco. En los primeros 15 días, los aviones de la OTAN efectuaron 5 000 salidas; en los primeros 15 días de la guerra de Kuwait, 40 000... Empiezan con unas bombitas. Al principio piensan que a los tres días se va a rendir Milosevic como había pasado en 1995. Lo que pasa es que en 1995 no bombardeaban a Milosevic, bombardeaban a los serbios de Bosnia con los cuales, en ese momento Milosevic estaba peleado. Para Milosevic fue pan bendito, aprovechó el asunto para deshacerse de esos elementos y para presentarse como el generoso e inteligente mediador que ayuda a las democracias a torcer el brazo a esos malos serbios de Bosnia.

Occidente se equivocó diciendo: los serbios se rindieron en 95, después de tres días de bombardeos, entonces se van a rendir. Pero no era Milosevic el bombardeado en 1995. Calcularon muy mal. Yo lo escribí en su tiempo. Terminaba mi artículo diciendo que lo necesario era la entrada masiva de 50 000 hombres de la OTAN, bajo mandato de las Naciones Unidas, para ocupar pacíficamente Kosovo y restaurar la autonomía de esa provincia, dejando pendiente la cuestión jurídica.

¿Entonces la guerra es un error?

No. La intervención viene demasiado tarde y es demasiado poca. Ahora,

perder esa guerra, dejar triunfar a Milosevic sería más que un error, sería un desastre. La OTAN tiene los medios para derrotar a Milosevic, su único problema es que tenga la voluntad de usarlos. Yo creo que frente al desastre humanitario, frente al espectáculo del millón de deportados, la opinión pública internacional está radicalizándose a favor de una intervención terrestre.

El error no fue de amenazar a Milosevic con los bombardeos. El error fue anunciar que en ningún caso se atacaría por tierra; los militares habían aconsejado concentrar entre 50 y 150 000 hombres para realmente impresionar a Milosevic y a sus generales. Lo más probable —según una confidencia del presidente de Macedonia, en diciembre pasado— es que la presencia real de un verdadero ejército, hubiera vuelto la guerra innecesaria. La reticencia de la OTAN a intervenir acabó obligándola a hacerlo. Ironía de la historia...

¿Había otra salida al problema?

La democracia es el único sistema que permite la solución interna y no violenta de los problemas. De existir democracia en Serbia o se hubiera negociado una independencia de manera amigable —como fue el caso de Checoslovaquia— o se hubiera logrado la restauración de la autonomía de la provincia, que incluso podía haber subido a la categoría de república como Montenegro y mantenerse una República Federal Yugoslava. Una independencia negociada hubiera protegido los intereses de la minoría serbia, 10 por ciento de la población que vive en Kosovo.

Los kosovares habían mostrado su aptitud para vivir en un sistema democrático, parlamentario, efectivo y ningún serbio podía soñar con mejor interlocutor que este pobre y frágil Rugova, que después de haber tenido un papel tan heroico corre el peligro de que sus propios connacionales lo tiren al bote de basura de la historia, considerándolo como traidor... Rugova quería resolver el conflicto de manera pacífica pero, por desgracia, enfrente no había nadie para discutir con él, como bien lo señaló el viejo y noble presidente de Macedonia.

La gran lección es esa: la democracia es el único sistema que impide la ley de la jungla, es una lección tanto para la sociedad internacional, como para los pueblos y los Estados.

La democracia tendrá muchas debilidades, tendrá muchos inconvenientes, pero sigue siendo lo mejor que tenemos... ❧

10 de abril de 1999